

Estando pues allí nuestros guerreros
Velándose según han de costumbre,
El Unarima hizo mensajeros
Para dallas la paz sin pesadumbre:
El Delgado holgó con los terceros
Tratándolos con grande mansedumbre,
Al alto Dios poniendo por testigo
De selle siempre muy leal amigo.

Pesantes del pasado desatino,
Volvieron con gustosos despidientes:
El señor Unarima luego vino,
Fué recibido bien de nuestras gentes;
Mas por haber andado gran camino
Y ansimismo cansarse los oyentes,
Aqueste canto cese de presente.
Diremos lo demás en el siguiente.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaron los españoles y repartieron la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia.

Sobre cimientos fijos bien zanjados
Los edificios suelen ser insinados;
Mas cuando los principios van errados
Los medios van por términos ruines;
Y los trabajos son tan mal gastados
Que no pueden llegar á buenos fines;
Podríamos decir que no fué menos
En estos amplios reinos y tan buenos.

Porque dada la paz por Unarima
Sin recibir los nuestros sinsabores,
Vino Guaramental, vino Canima,
Vinieron otros reyes y señores,
Que nombraremos en alguna rima,
O á lo menos dellos los mayores,
Cuando los ofreciere la memoria
Y hicieren al caso del historia.

Ganara pues Ortañal aqueste juego,
Que fué mas importante que yo digo,
Si como lo halló poblara luego
Y no buscara panes de trastrigo;
Mas no quiso tener allí sosiego,
Por lo cual se quedó casi mendigo;
Edificara sobre buen cimiento
Teniendo tan entero fundamento.

Que puesto caso que para guerrera
Industria nunca fué menesterosa,
Consta por otra parte ser sincera
Gente, docible, noble y amorosa;
Y en aquella sazón tan blanda cera
Que della se hiciera cualquier cosa,
De lo cual siempre dieron clara muestra
En cuanto les mandó la gente nuestra.

Porque cuando Delgado caminaba
Con esta poca copia de varones,
Cada cacique dellos cambiaba
Lo que tenía por preciosos dones,
Sin ya sacarse tiros del aljaba
Ni se reconocer alteraciones:
Destos Guaramental el que ya digo
Se les mostraba muy mayor amigo.

Era señor de grande principado,
No sin algún tiránico coraje,
De los demás caciques respetado,
Algunos con prision de vasallaje:
Tenía potentísimo cereado,
Al cual Delgado hizo su viaje;
El bárbaro mostró sus aposentos
Con otros cortesanos cumplimientos.

De buen oro le dió ricas preseas,
Seis pajes de gallarda compostura,
Diez esclavos de rústicas aldeas,
Mancebos sueltos, diestros en cultura;
Tres ninfas, mas no ninfas, sino deas,
En examen de toda hermosura,
Guamba, Goroguaney y Mayarare,
Cuyos nombres es justo que declare.

Tomaron estos apellidos tales
Las tres ninfas atrás conmemoradas
De los reinos donde eran naturales
Y al bárbaro le fueron enviadas:
Provincias en grandeza principales,
Por armas y proezas señaladas,
Con quien hasta los tiempos que esto toco
Los españoles han ganado poco.

Los temples son de grandes escelencias,
A la salud humana provechosas,
Propicias y admirables influencias
En producir mujeres generosas:
Tanto que todas tienen las decencias
Que se requieren para ser hermosas,
Con un grave mirar, un aire bello,
Tal que se huelgan ellas de entendello.

Al gran Agamenon y al gran Aquiles
No dieron tanto gusto las doncellas,
Causa de sus pendeencias juveniles,
Cuanto dió de las tres cualquiera dellas,
A causa de mostrarse tan gentiles,
Tan bien proporcionadas y tan bellas;
Ellas nunca jamás mostraron saña
De se ver entregar á gente estraña.

Vinieron pues los dones al Delgado,
Los cuales recibió de buena gana,
En recompensa dió puñal dorado,
Un antiguo sayón de fina grana,
Camisa y un bonete colorado
Con una larga pluma muy galana,
Y otras cosas algunas que no cuento
Que le dieron al bárbaro contento.

Fuó dentro del cercado recibido
Con las demás personas estrañeras:
Lugar es deleitoso y estendido
Con grandes plazas, calles y carreras;
Por todas partes bien fortalecido
Con muchos flechaderos y troneras,
Casa de armas, arcos reservados
Para poder armar diez mil soldados.

Otras innumerables municiones
De dardo, de macana, lanza, honda,
Por fuera del cercado preveniciones,
Gente de guarnicion á la redonda;
Seiscientos validísimos varones
Que por sus cuartos le hacían ronda,
Casas llenas de todos bastimentos
Que los indios traían por momentos.

Generosas despensas y cocinas
Abundantísimas de sus manjares,
Bodegas de bebidas peregrinas
De maiz, y de piñas singulares:
Sobre mas de doscientas concubinas
De diferentes tierras y lugares,
Todas en general muchachas bellas,
Eunucos también en guarda dellas.

Tenía por jueces y retores
Personas de quien él se confiaba,
Aquestos eran hombres ya mayores
A quien el mas brioso respetaba;
Pobladas horcas de los malhechores,
Porque con gran rigor los castigaba
Por mano de verdugos carniceros,
Que servían también de pregoneros.

Tenían en un canto deste llano,
Donde los pregoneros se subían,
Tímulo levantado por su mano
De gran altor, adonde se decían
Inviolables mandos del tirano,
Que sin poner escusa se cumplían:
Labrador, oficial, hombre de guerra,
Con obediencia va pecho por tierra.

Visto pues el lugar y las princesas
Que tenía con guardas recogidas,
Mandó Guaramental poner las mesas
Muy abundantemente proveidas
De cazas de sus campos y dehesas,
De que son grandemente bastecidas,
Con tantas variedades y maneras
Que no parecen cosas creederas.

Doncellas de lozana hermosura
Allí sirvieron con tan gran limpieza,
Que no se les manchaba vestidura
Que causase desdén á su belleza:
Por ser las ropas de su compostura
Aquellas que les dió naturaleza;
Después estas sirvientes fueron dadas
A las personas mas calificadas.

Las fiestas y convites acabados,
El Guaramental dijo que quería
Que se fuesen á caza de venados
A campos y zavasanas que tenía:
El Delgado con los demás soldados
Le dieron á entender que les placía,
Mandó luego llamar sus pregoneros
Para que convocasen sus monteros.

Luego subieron estos en el viso
Llamando capitanes y sarjentos,
Llegaron al momento los que quiso,
Que fueron poco mas de cuatrocientos:
Estaban españoles con aviso
Pensando ser contrarios los intentos,
Y que por el corral y larga plaza
Dellos mismos quería hacer caza.

Mas no tenían tales intenciones,
Antes de conservar las amistades,
Pues todas estas eran ocasiones
Para mas les ganar las voluntades:
No sin interesales pretensiones
De sujetar ansi parcialidades,
Que por tener grandísima potencia
No le reconocían obediencia.

Siguieron pues los indios sus demandas,
De todos aderezos bien compuestos,
Partidos en escuadras y por bandas,
Por orden y concierto bien digestos:
El gran Guaramental en mas andas
En hombros de gandules bien dispuestos,
Los lados y fronteras van abiertas,
De linces maculosos las cubiertas.

De madera muy negra son unidas,
De la mejor que por acá se halla,
Con chagualas de oro guarnecidas
En todas ellas infernal medalla;
Por otras muchas partes esculpidas
Animales cien mil de buena talla;
Acompañábalo por mas honrrallo
Delgado con los otros de caballo.

A punto las adargas y las lanzas,
Afiladas las puntas de los hierros,
Para cazar según nuestras usanzas
Españoles llevaban cuatro perros:
Caminaron con estas ordenanzas
Hasta que llegaron á los cerros,
Adonde las cuadrillas concertadas
Se pusieron en puestos y paradas.

Son bosques de zavasanas estendidas,
Con tal denso que no sabré pintallo,
Las yerbas dellas todas tan crecidas,
Con un poleo de prolijo tallo,
Que si no son holladas y abatidas
No se parecen hombres á caballo,
Algunas arboledas, aunque raras,
Muy limpias de troncones y de jaras.

Cercaron pues prolijo campo luego
De grandes pajonales agostados,
En circuito del pusieron fuego
A una todos, y por todos lados;
Porque huyendo del desasosiego
Hallase los lugares ocupados
La caza donde quiera que acudiese,
Y la llama y ardor la detuviese.

Fuó pues el viento llamas avivando,
Con la velocidad que se quería,
El circuito todo rodeando,
Que por momentos menos se hacia:
Diversos animales van saltando,
Buscando lo que fuego no tenía,
Allí de cazadores hay rodeo
Por hartar con efecto su deseo.

Como red que por mar van estendiendo
En partes de placeres convinientes,
Do las bajas arenas van barriendo
Con los plomos que están della pendientes,
Y al tiempo que la vienen recogiendo
Congregan muchos peces diferentes,
Y allí vereis del uno y otro bando
Revueltos por la playa palpitando;

Así manada junta muy espesa
Vereis de diferentes animales
Cruzar aquí y allí con grande priesa,
En riesgo y en temor todos iguales:
Con el ardor de llamas que no cesa
En acecho se ponen naturales,
Al que del fuego sale derribando
Los unos á los otros reguardando.

Gritaban lidiadores en el coso
Por fuera de las llamas rodeado,
El tigre salta del ardiente foso,
El leon sale todo chamuscado;
Por acullá vereis huir el oso,
Aquí y allí derriban el venado,
El cual si de la llama se desecha
Luego lo traspasaba dura flecha.

Capitanes allí tiran á tema
Sobre cuál dellos mas se señalaba,
Entre ellos se mostró Tumbuzema,
Pues uno y otro y otro derribaba;
Mas el robusto Chiniquichimema
No sacó tiro vano del aljaba,
Y sobre todos fué Guaima Peroro,
Oficio que sabia bien de coro.

La llama hizo mas angosto seno,
Los pajonales todos consumiendo,
Y el compás que restaba todo lleno
De caza que las llamas van rompiendo:
Saltan venados el ardiente seno,
Los pelos chamuscados sacudiendo,
Por donde pareció mas flaca llama
Y la zavana tuvo menos rama.

Como fuente de agua represada
En cumbres altas de lugar fragoso,
Que rota la pared del abarrada
Corre con un furor impetuoso,
Yendo por muchas partes derramada,
Inquiriendo lugar de mas reposo;
Ansi salieron estos animales
Derramados por partes desiguales.

Audieron caballos y los perros
Del tiempo que tardaron desdeñosos,
Rojas están las astas y los hierros
Por el quemado campo presurosos:
Siguen unos la caza por los cerros,
Los otros por los llanos espaciosos,
No corren, sino vuelan como aves
Delgado y el Morán, y Nieto, y Chaves.

Renovóse la caza con aumento
Siguiendo la manada presurosa,
Quien mas derriba queda mas hambriento,
La punta de la lanza mas golosa:
Guaramental estaba muy contento,
Admirado de ver tan nueva cosa,
Los cuatro perros vuelan la dehesa,
Y en gran número dellos hacen presa.

En atencien suspensos principales,
Los de mas bajas suertes embobados
De ver aquellos brutos animales
Del uso de razon enajenados,
Sujetos á los mandos racionales
Sin ser á lo contrario desmandados:
Potencias colocaban y ponían
En la velocidad con que corrian.

Las suertes y los lances acabados
Y los venados muertos recogidos,
Volvieron todos muy regocijados
Do los indios quedaron detenidos:
Fueron de capitanes y soldados
Con letos ademanes recibidos,
Cargaron bien cien indios con la caza,
Y luego se volvieron á su plaza.

Cuál llevaba la cierva, cuál venado,
Cuál oso que llamamos hormiguero,
Cuál montesino puerco chamuscado,
Cuál cori, cuál iguana, monstruo fiero:
Quedó Guaramental en su cercado
De todo lo pasado placentero,
Mostrando de amistad seguras prendas,
Y los nuestros se fueron á sus tiendas.

A los cuales del venatorio Marte,
O caza sin que fuese dividida,
Luego se les llevó la mejor parte
Con otras abundancias de comida:
Cenaron todos ellos de buen arte,
Hizo la noche luego su venida,
Que con vigilantísimos recatos
Se repartió por tres ó cuatro ratos.

Quitadas ya las húmidas cubiertas
De nublós y noturna pesadumbre,
Cuando por los resquicios de las puertas
Entraba resplandor de nueva lumbre:
A los humanos ojos descubiertas
Las verdes arboledas de la cumbre,
El gran Guaramental dejó su lecho
Con imaginación de cierto hecho.

Llamó su secretario dicho Guaima,
A quien otros llamaban Cochibano,
Y con él al insigne Barutaima,
Cacique poderoso comarecano:
Llamó también al fuerte Paraiama,
Que fué su general y primo hermano;
Con estos tres señores solamente
Caminó donde estaba nuestra gente.

Españoles están inadvertidos
E ignorantes desta su venida,
Pero luego que fueron conocidos
Usóse de costumbre comedida:
Fueron con gran aplauso recibidos
Y muestras de amistad establecida,
Dándoles con debido miramiento,
Segun sus calidades el asiento.

Mas el bárbaro rey allí sujeto
Con el Delgado aparte se detiene,
Para comunicarle su conceto,
Diciendo con intérprete que tiene:
«Querriate hablar muy en secreto
Una cosa que mucho te conviene,
En lo cual, si respondes con mi gana,
Ternás aquesta tierra toda llana.»

»Yo te tengo por hombre tan entero
En valor, en esfuerzo y en prudencia,
Que no dudo ser alto mensajero,
Mandado de divina Providencia:
Y así mientras viviere yo no quiero
Tener contigo dura competencia,
Antes me hallaras á todo blando,
Y á mis gentes sujetas á tu mando.

»El efeto será mas que prometo,
Guiado por tus propios pareceres;
Y aun viendo los demás que me someto
Al orden y concierto que me dieres,
Ternán la reverencia y el respeto
Que deben á la ley que les pusieres,
Y para que esto sea sin zozobra,
Yo quiero ser principio desta obra.

»Mas hágote saber que aunque se vea
Tu lanza con furor de mis varones,
Tengo por imposible que no sea
Contrastada de grandes tropezones,
Que nos amaga ya con la pelea,
Sintiendo mal de vuestras opiniones,
Y sería muy menos esta plaga,
Como de muchos uno se deshaga.

»Este es Orocopon, fiero gigante,
Que con aquestos términos confina,
Varon guerrero, capitán pujante,
Que do quier que sus haces encamina,
Todo cuanto se pone por delante
Asuela, desbarata y arruina,
Cebando siempre filos de su lanza
Sin miedo, sin respeto ni templanza.

»Tiene pueblos quemados y deshechos,
Sus moradores pobres y mendigos,
Quebrantador de leyes y derechos
Sin reservar amigos ni enemigos:
Darias grandes colmos á tus hechos,
Si de su muerte fuésemos testigos;
Y quebrantado tropezon tan duro,
De los demás podrás dormir seguro.

»Es astuta persona recatada,
Dispuesta para toda competencia;
Mas los agudos filos de tu espada
Podrán cortar los desta pestilencia:
Yo quiero también ir á la jornada,
Y me quiero hallar en la pendencia,
Con aquellos pertrechos y soldados
Que por tu boca fueren señalados.»

El bárbaro habló lo que quería,
Alterada la sangre de sus venas,
Como quien por venganza se movía
A tomar deste rey debidas penas,
Y lo que con sus fuerzas no podía,
Quería concluir con las ajenas,
Porque el Orocopon en sus recuestas,
Como dicen, teniase las tiestas.

El Delgado que estuvo muy atento
A todo lo que el bárbaro decía,
Manifestó ser todo su contento,
Efetuar aquello que pedía:
Porque con glorioso vencimiento
Porrían fin á lo que pretendía,
Que señalase cuando y en qué puesto
Pues con los suyos él estaba presto.

Para poder llegar sobre seguro,
Fueron desta manera convenidos,
Que partiesen al tiempo mas oscuro
Con mil bárbaros bien apercebidos:
Hombres para cualquiera trance duro
Usados á renuncientos atrevidos,
Debajo de cristianos estandartes,
Y hecha division en cuatro partes.

Un caballo con cada compañía
Que el indio y español obedeciese,
Y donde más sangrienta la porfia,
A los mas contratados acudiese;
El acometer fuese con el día,
Cuando la luz primera descubriese,
Y los amigos indios con coronas
De ramos por señal de sus personas.

Concertados los dos desta manera
Con el faraute solo y en secreto,
Quisieron que la noche venidera
Viesen estos conciertos el efeto:
Estuvieron á punto y en espera
Del tiempo que les era mas aceto,
En sus tiendas el Agustín Delgado,
Y el gran Guaramental en su cercado.

El cual luego mandó cumplir la suma,
Su general el mando de su amo,
Aderezóse luego Canaruma,
Trajo sus escogidos Cachicamo,
Sus mas valientes Tunucutunuma,
Todos sus señalados Periamo,
Robustos, sueltos, en las armas prestos,
Pintados piernas, brazos, manos, gestos.

Henchian el compás de la gran plaza
Los fuertes escuadrones de salvajes;
Armados de macana, dardo, maza,
Robustísimos arcos y careajes;
Sobre la gente de gallarda traza,
Ondeán superbísimos plumajes,
Y á la congregación bárbara fiera
Guaramental habló desta manera.

«Un negocio tenemos entre manos
Que esperencia nos ha dificultado,
Do los padres, los hijos, los hermanos
Han mas veces perdido que ganado;
Pero con el favor destes cristianos,
Creo que lo tenemos acabado,
Apartando de mi cualquiera duda
La fuerza y el valor de tal ayuda.»

»Con ellos vamos á batalla dura
Por me hacer merced y beneficio,
Sus hechos, sus proezas y ventura
Me dan de la victoria gran indicio:
También de vuestra parte va segura,
Pues vais con su favor y en mi servicio;
Quiero que cada cual se dé tal maña,
Que crédito cobreis con los de España.

»En aquesto deseo que se prueben
Los fuertes y hriosos corazones,
Y vuestros valerosos brazos lleven
A su debido fin mis pretensiones;
Pues conocéis de mí que si se deben
A los tales sus justos galardones,
Nunca supo mi mano ser avara
Para satisfacer hazaña clara.

»De mas del premio que será bastante,
En respuesta de vuestras valentías,
Quiero que pongais todos por delante
De qué rey y señor sois naborias;
Y esto dará valor al inconstante,
Para que se desechen cobardías;
Pues si lo tanteardes como buenos,
Mi punto no podrá venir á menos.

»Bastaría cualquiera cosa destas
Para quien á vergüenza se sujeta,
Y así debajo de las presupuestas,
Quiero que la salida sea secreta;
Y que tengais las armas todos prestas
Para cuando sonare la trompeta,
Guiando los armados caracoles
Segun lo dispusieren españoles.»

Respondióle por todos los soldados
Paraiama, persona conocida,
Diciendo: «todos van determinados
O de vencer ó de perder la vida;
Y parte no serán mudables hados
Contra gente tan bien apercebida,
O ya para vivir con fama y gloria,
O ya tomar la muerte por victoria.»

»Todos estamos destes pareceres
Y estribamos en esta confianza,
De no ver jamás hijos ni mujeres,
Ni gozar de reposo ni holganza,
Hasta que por el orden que quisieres
Tomemos crudelísima venganza,
Lo cual se cumplirá sin duda alguna
A pesar de las fuerzas de fortuna.»

Habló después el noble y el villano
Desechando de sí malas sospechas:
El mas bajo se muestra mas lozano,
Haciendo ciertas las promesas hechas:
Guaramental les daba de su mano
A muchos dellos venenosas flechas,
Al menos á personas señaladas,
Do no sabia ser mal empleadas.

Luego fueron aquestas dichas gentes,
Por parte del cercado divididas,
Y por diligentísimos sirvientes
En cada parte mesas estendidas:
Las cuales de manjares diferentes,
Fueron bastantemente proveídas,
Do cada cual á discreción bebia,
Hasta desaparecer la luz del día.

Quando dorados rayos encubria
Apolo con las ondas de Oceano,
Quando de manto negro se vestía
La cumbre de la sierra y valle llano,
Quando de dulce sueño se venía
La fatigada vista del humano,
Y el corvo labrador y el alfigido
Descansan del trabajo recibido:

Entonces este rey y sus sujetos,
De clementes respetos olvidados,
Quiéren inquietar á los quietos
Y desasosegar los sosegados:
Tocaron instrumentos imperfectos,
A cuyo son llegaron los soldados;
El Delgado también, vistos los sonos,
Vino con sus caballos y peones.

Salió la muchedumbre del cercado,
Guarnida de mortales instrumentos,
Cada cual escudron tan bien armado
Cuanto pedían tales movimientos:
Juntóse Paraiama con Delgado,
Periamo también y otros doscientos,
Con el Chaves el indio Cochibano
Con trescientos sujetos á su mano.

Con Morán Canaruma y Cachicamo
Con obra de doscientos y cincuenta,
Cada cual dellos suelto como gamo,
Hombres de bien para cualquier afrenta;
Y aquel que Tunucutunuma llamo
Con el Nieto llevó ciento y setenta,
Con el Guaramental por mas valientes
Van los demás como sobresalientes.

Entre los capitanes referidos
Iban para mas fuerza deste Marte
Los demás españoles repartidos,
Siendo dos veces seis de cada parte;
Y cada cual, segun eran rompidos,
Pudiera bien regir el estandarte,
Y así los mas en partes diferentes
Salieron capitanes excelentes.

Guiaron corredores el camino
Del cuerpo de la gente separados,
E ya de sus triunfos adevinos
Todos de ramos verdes coronados,
Porque de los soldados peregrinos
Fuesen en la batalla reservados:
Marcharon luego todos muy á punto,
Hasta tanto que ya llegaron junto.

Era camino llano y apacible,
La distancia tres leguas solamente,
Y por aquesta causa fué posible
Que llegasen á tiempo competente:
Hicieron con silencio convenible
Alto para descanso de la gente,
Un tiro de arcabuz de los buhíos,
Sin temor de tan duros desafíos.

Luego los infieles y fieles
Caminaron á paso sosegado,
Para se repartir por sus cuarteles
Segun que lo tenían ordenado:
Acechando las calles y plazeas
De la ciudad y pueblo desdichado,
Hasta tanto que vino la mañana,
A los mortales ojos ya cercana.

Fué pueblo por entonces prepotente,
Terror de los mayores y menores,
Y cuyas cercas eran solamente
Los brazos de sus fuertes moradores:
Numerosísimo de toda gente,
Con mando sobre reyes y señores,
En calles, plazas, barrios gran distancia,
Verdes macos en él por elegancia.

Unare por la parte del poniente
Con sosegadas aguas lo cenía,
Campos rasos la parte del oriente
Y del septentrion y mediodía;
Por las cuales estancias libremente
Se dividió la fuerte compañía,
Estando cada cual presto y atento
Esperando señal de rompimiento.

Pues cuando ya su roja cabellera
Por alta cumbre Venus descubria,
Y conocieron ser la mensajera
Del radiante sol y claro día,
Tocóse la trompeta de manera
Que su voz incitó la compañía:
Los unos y los otros entran luego,
Y á casas principales ponen fuego.

Avivóse con gran fuerza de viento,
Segun y como tiene de costumbre,
Suben fumosas llamas al momento
Veloces al altor de la techumbre:
Heridos de temor y desaliento
Acude miserable muchedumbre,
Huyendo del peligro de los senos
A parte donde no hallaban menos.

Pues si llama causaba desatino
Para hacerse fuertes á la puerta,
Adelante siguiendo su camino
No les era la muerte menos cierta;
Porque la crueldad del mal vecino
Con tan grande rigor se desconcierta,
Que, si posible fuera, desta gente
No quisiera dejar cosa viviente.

Como la caza que huir procura
Del cubil á los montes y florestas,
Por escaparse por el espesura
De las caninas bocas y molestas;
Y la senda le fué menos segura,
Pues en ella halló las redes puestas,
Entre las cuales siendo detenida
Aquel hilo quebró los de su vida;

Así cuantos huían de la brasa,
Dejando solos los pendientes techos,
Procurando salir á plaza rasa
Cercada de mortíferos acechos;
A tiempo que salían de la casa
Se vian traspasados por los pechos,
Otros quebradas piernas, manos, brazos,
Y cabezas partidas en pedazos.

Gritos, voces, clamor, lamentaciones,
Los aires destemplaban y rompian;
De todas partes andan confusiones,
Niño, mujer, varon se confundian;
Hubo también algunos escuadrones
Que con sumo valor se defendian,
Do los amigos indios y cristianos
Habian menester entrambas manos.

Porque por el cuartel donde fué Nieto,
Toronima con obra de cincuenta
Ponia sus contrarios en aprieto,
Y andaba la batalla muy sangrienta:
Abolla la celada, rompe el peto,
Anima, llama, hierre, desatenta,
Rompe pechos, cabezas, las espaldas,
Derriba grande copia de guirnaldas.

Mas antes que llegase la pujanza
De indios que por él eran llamados,
Nieto rompió por medio la matanza,
Do los suyos andaban mal parados,
Metiéndole los filos de la lanza
Por entrambos ijares ó costados:
Cayó con un grandísimo gemido
De las armas y vida despedido.

El resto de la gente se rebate
Por Holguin y Alonso Alvarez Guerrero,
Un Domingo Lozano y un Oñate,
Bracamonte, Madroño, Joan Ribero:
Morán y Chaves tienen gran combate
Con un Putimar, capitán fiero,
Porque necesidad hizo juntarse
Para mejor valerse y ampararse.

Aqueste ya con copia de varones
Hacia por los indios enramados
Aquel estrago grande que leones
En junta de domésticos ganados:
Aprovechando bien las ocasiones
Antes de verse todos acabados,
Y con la gran macana que esgrimia
Las lanzas y caballos rebatía.

Pero dando respuestas y preguntas,
Así de las palabras como hechos,
Dos flechas reguladas vuelan juntas,
Por vias y caminos tan derechos,
Que sin se desviar entrambas puntas
Lo clavaron por medio de los pechos;
Hizo por el foramen ó herida
El alma de las carnes despedida.

Probó luego la mano Pararete,
Que para mal de muchos no fué manca,
Mas de los españoles arremete
Pero Rodriguez el de Salamanca,
Anton Sanchez, Costilla y Alderete,
Con otros á quien dieron plaza franca,
Porque fué tan feroz arremetida,
Que muchos se pusieron en huida.

A estos tiempos Agustin Delgado
Por su cuartel y plaza no traía
El fortísimo brazo reposado,
Ni sin sangre las armas que vestía;
Mas el Orocopon encarnizado
Los cielos y la tierra maldecía,
Un terrible baston entre las manos,
Indios amenazando y á cristianos.

Sus fuertes capitanes animando,
Que muchos le vinieron con presteza,
Sangre, cascacos y sesos derramando
Con una nunca vista lijereza:
Espuma por la boca rebosando,
Como suelen las fieras con braveza,
De gente circunstante hecho valle
Y por adonde pasa larga ealle.

Bien como huracán, que da tal priesa
En indias provincias y regiones,
Que barre la montaña mas espesa,
Quebranta ramas, vuelve los troncones,
Y los anchos caminos atraviesa
Con crecidísimas inundaciones,
Causando tal temor á los humanos,
Que quedan como muertos los mas saños;

Así con aquel leño que gobierna
Sin que le diese pesadumbre brazo,
La mas dura costilla halla tierna,
La mas ancha cerviz sin embarazo:
Aquí quiebra cabeza y allí pierna,
Aquí quebranta muslo y allí brazo,
Aquí deja montones degollados,
Acullá quedan todos asombrados.

El caballero fuerte, que quería
Hacer en él empleo de su lanza,
Con tanta muchedumbre no podía
Allegar al rigor de la matanza;
Pero con todo esto no tenia
Orocopon de vida confianza,
Por ser de todas partes ofendido
Y estar de muchas flechas mal herido.

En aquestos conflictos y agonía,
Sus poderosos golpes mas tardios,
A Guaramental vido que decía:
«Acabame lo ya, varones míos.»
Concibe Orocopon tal osadía,
Que sacó de flaqueza nuevos bríos,
Rompiendo por aquellos escuadrones
Por responder á tales intenciones.

Y sin lo detener contrarias lanzas
Para Guaramental se fué derecho,
Diciéndole: «Traidor, por asechanzas,
Quisiste ver el fin de nuestro hecho:
Espérame, que muerto, las venganzas
Podré tomar de ti sin tal acecho,
Si experimentas este brazo fiero
Yo te haré que caigas tú primero.»

Con los golpes que tiene de costumbre
Hizo lugar por uno y otro lado,
Deseando quitar humana lumbre
Al enemigo suyo declarado:
Pero llovió sobre él tal muchedumbre,
Que cayó de mil flechas traspasado,
La cabeza le fué luego cortada,
Y al indio su contrario presentada.

Mandóla desollar y el casco raro
Y limpio del humor que contenía,
Bella hizo hacer dorado vaso,
Con que después el bárbaro bebía:
Sabido pues el fortunoso caso,
El contrario huyó por do podía,
Y los nuestros tomaron de los vivos
Crecidas cantidades de captivos.

Vencidos estos indios animosos,
Que cierto pelearon como buenos,
Volviéronse los vivos victoriosos;
Pero no tan cabales ni tan llenos,
Que de la vida fueron perdidosos
Muchos, y de españoles uno menos,
Que por ser de veneno la herida
Ningun remedio pudo dalle vida.

Sabida la caída desta gente,
Porque la fama corre sin que pare,
Ocurrieron de paz incontinente
Las restantes provincias del Unare:
El cojo Guaigotó, varon potente,
El fiero Cotuprix, el gran Maayare,
Orocomay, mujer, reina pujante,
Y en la paz y amistad perseverante.

Viendo Delgado pues ser tierra dina
De poner en católico concierto,
Determinó volver á la marina
Para manifestar lo descubierta:
Partióse con la gente peregrina,
Llegaron con salud al dicho puerto,
Con grande cantidad de prisioneros,
De que sacaron copia de dineros.

Jerónimo de Ortal, bien informado
Del numeroso pueblo desta gente,
Envió por caballos y recado
A islas que tenían al poniente,
Para poder entrar aderezado
Con aquel aparato conviniente;
Mas porque no faltasen desta tierra,
Luego hizo volver gente de guerra.

Volvió con Alonso Alvarez Guerrero,
Miguel Holguin, número de gran cuenta,
Con algunos del número primero,
Que todos podían ser hasta cuarenta:
Hallaron en la paz sano y entero
Guaramental, á quien se le presenta
De parte del Ortal un buen presente
Recibido por él alegramente.

Un indio, Villeguillas, encamina
A idioma claro los acentos,
Descubren de la gente mas vecina
Grandes y potentísimos asentos;
Y siempre con aquella golosina
De esclavos que enviaban por momentos,
Agora por rescates, ya por guerra,
Que fué la perdición de aquella tierra.

La fama, como nunca fué secreta,
Entonces levantaba con pregones
Riquísima provincia dicha Meta,
De quien atrás se dieron relaciones:
Y para la buscar por via reta
Loaban estas dichas poblaciones
El de la tierra firme y el isleño,
De cuyas opiniones fué Sedeno.

El cual en estos tiempos y sazones
Dentro de Puerto-Rico ya tenía
Copia de valentísimos varones,
Caballos, municion, artillería,
Segun que pareció, con intenciones
De entrar por Neverí, do residía
Jerónimo de Ortal, con pensamiento
De pasar ó venir en rompimiento.

Para dar perfeccion á su deseo
Entre tanto que él mismo se presenta,
Envió cien soldados de un voleo,
Con muy buenos caballos los cincuenta,
Todos con bríosísimo meneo,
Prestos á desviar cualquier afrenta:
Jerónimo de Ortal, aunque eran buenos,
Tenía por entonces muchos menos.

Vino con esta gente Joan Bautista
Y el animoso Diego de Losada,
Fortísimo varon en la conquista,
Y Reinoso, persona señalada:
Aquestos, sin haber quien los resista,
Saltaron en la costa deseada,
El Ortal quiso menear la lanza,
Mas Delgado templó la destemplanza.

Diciéndole: «Señor, no teneis cierta
La palma que buscáis por esa via;
Vayan con Dios, que si me dan la puerta
Para poder hablalles algun día,
Posible cosa es que yo convierta
A vuestra devocion su compañía,
Pues suelen muchas veces la templanza
Vencer lo que no puede larga lanza.»

Con esto mitigó como quería
El Agustin Delgado los furoros,
Porque, segun se dijo, pretendia
Concertar estos dos gobernadores;
Pues, aunque partes del Ortal seguía,
El Sedeno le dió muchos favores
Un tiempo, y así era, como digo,
Al uno servidor y al otro amigo.

La gente pues que de Sedeno vino,
Remotos y apartados deste puerto,
Siguiéron adelante su camino
Por donde lo hallaron descubierta:
Siempre con el recato que convino,
De la seguridad ninguno cierto;
Mas en tanto que van yo me detengo
Enronquecido ya del canto luengo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo la gente de Sedeno, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció.

Bien es que los de buen conocimiento
Reguarden amistad en los aprietos;
Pero locura es y desatiento,
Si por tener allí tales respetos,
Ponen en confusion y detrimento
Aquellos á quien deben ser sujetos,
Pues cuando los dos piden este juro,
Acudir al señor es mas seguro.

Y aunque no se presume del Delgado
Hacer esto debajo mal intento,
Sabiendo ser contrario declarado
El Sedeno con tanto fundamento;
Con su gobernador fué descuidado
En no poner algun impedimento
A la gente de la contraria lista,
Y mas no siendo suya la conquista.

Pues era del Ortal derechamente,
Segun la provision del propio dueño,
Y desta tierra firme diferente
La que le proveyeron al Sedeno;
Mas él sin ver aquel inconveniente,
Que entonces se juzgó por no pequeño,
Tomó por parecer otro desino,
Y quiso por allí hacer camino.

Su gente pues, que caminó primero
Entre tanto que la demás venia,
Dieron en Alonso Alvarez Guerrero,
Que desta gente nueva no sabia:
Quitáronle las armas y el dinero
Y todos los caballos que tenia;
Sabida la maldad y atrevimiento
El Ortal hizo mucho sentimiento.

Y con este desgusto de mal deo
Dijo tales razones al Delgado:
«Yo, señor capitán, de vos me quejo
Y me quiero tener por agraviado;
Pues á no conoceros tan perplejo,
Este juego tuviéramos ganado,
Y es para corregir tan mal esceso
Menester que enmendemos el avieso.»

Condenando por feo tan mal hecho
En cólera volvió su gran templanza,
Y así le prometió poner el pecho
A la satisfacion y á la venganza;
Pero ni sin razon ni con derecho
El quisiera probar allí su lanza,
Por estar del Sedeno muy prendado
Del tiempo que tenemos ya tratado.

Y con ser amistad mas estendida
Con Sedeno que con Ortal agora,
Quiso mas ver el amistad perdida
Que su fe condenada por traidora;
Al fin el aficion quedó vencida,
Y la razon salió por vencedora,
Acontociendo para tal intento
Un caso que les vino muy á cuento.

El Sedeño mandó segunda gente,
Caballos, municion y artilleria,
Con un soldado viejo muy valiente,
Que Rodrigo de Vega se decia,
A quien yo conocí medianamente,
Pues que tuve su misma compañía;
Desembarcaron en Maracapaná,
Que es en la misma costa comarcana.

Recogidos en esta pertenencia
De Guaraçapa, indio muy ladino,
Velaron con alguna diligencia
Por tener al Ortal ya por vecino;
Mas no con el recato ni decencia
Que para su seguro les convino,
Porque nunca se hace buena vela
Si sobre ella no anda quien le duela.

Pues Agustín Delgado, que despierto
En sus rondas y velas se hallaba,
A los vecinos indios deste puerto
Particularidades preguntaba
Del orden que tenían y concierto,
Del número de gente que llegaba,
Las armas de que estaban prevenidos,
Dónde y en cuántas partes repartidos.

La gente pues de Ortal bien infermada
Por relación que pareció bastante,
Determinó de dalles alborada
Sin ponerse cosa por delante:
Caminaron con noche sosegada
Hasta llegar al cerro circunstado,
Pueblo de la cacica Magdalena,
Cuya paz y amistad siempre fue buena.

Tenia centinelas allí junto
El Capitán y gente de Sedeño;
Pero halláronlos en este punto
Entregados á tan profundo sueño,
Como si cada cual fuera difunto
O bulto mal formado de algún leño:
Dejáronlos con este su letargo
Sin armas, y pasáronse de largo.

Al tiempo que su padre de Faetonte
En continuacion de su carrera
Quería ya salir del horizonte,
Seviendo Venus ya la mensajera,
Sus rayos estendiendo por el monte
De la sierra que estaba mas afuera,
Dieron en el ejército dormido
Haciendo poca gente gran ruido.

Levantáronse muy sobresaltados
Guiados de dudosas esperanzas;
Pues como los tomaron descuidados
Y á sombra de tan flacas confianzas,
En un momento fueron desarmados
Perdidos los caballos y las lanzas,
Sin haber en aqueste rompimiento
Defensa ni rigor sanguinolento.

Mas un muchacho fué que en la pendencia
A caballo subía bien armado,
Y aqueste hizo grande resistencia
A toda la cuadrilla del Delgado;
Pero viendo de suyos la paciencia
Y el solo de ballestas rodeado,
Quiso dar porque no le matasen,
Y con que su caballo le dejasen.

Conclusa y acabada la refriega,
Y gente de Sedeño ya rendida,
Hallóse tan confuso nuestro Vega
Que deseaba verse sin la vida:
Ya deshonra los suyos, ya reniega,
Ya del Delgado da queja rompida,
Diciéndole que ¿dónde se sufría
Semejante traicion y villanía?

El respondió: «yo traigo mandamiento
De justicia del rey, y muy bastante;
Quejaos de vuestro poco miramiento,
Pues pudiéades ser mas vigilante:
Que sabe Dios la pena que yo siento
Por venir en demanda semejante;
Quejaos también de vuestros valedores,
Que fueron los primeros agresores.»

Al fin, por no sufrir dichos molestos
Que suelen encender malos enojos,
Los suyos el Delgado hizo prestos,
Las armas recogidas en manojos;
Quedaron los de Vega descompuestos;
Los otros proveidos de despojos,
El Ortal lleno fué de vanagloria
Desque los vió volver con la victoria.

Y aquesta buena suerte por él vista,
Con cincuenta caballos á su uso,
Determinó de dar en el Bautista,
Capitán que los suyos descompuso:
De cien soldados viejos hizo lista
Con los cuales al hecho se dispuso,
Y así siguió los rastros y pisadas
Doblando muchas veces las jornadas.

Llegados con tan buen aviamiento
Donde Guaramental los atendía,
Al Ortal hizo gran recibimiento
Y al Delgado que mucho lo quería;
Dijoles la provincia y el asiento
Donde el contrario campo residía,
Y por no les cumplir mucho sosiego,
En su demanda se partieron luego.

Por campos fertilísimos y llanos
Hicieron en tres dias la jornada,
Y cuando le dijeron ser cereanos
Jerónimo de Ortal hizo parada,
Poniendo por concierto sus cristianos
Para dar en la gente sosegada,
La luz de los mortales despedida
Y su vista de sueño convenida.

Tenían los contrarios el asiento
En prado verde con esmalte rojo,
Cerca del grande pueblo y opulento
Del indio Guaigotó, cacique cojo:
Yaron en guerra y paz de gran momento
Y entre los convertidos ortadojo,
Amplísimo su campo y su dehesa
Y lo poblado del una gran mesa.

Por líneas rectas árboles opacos,
Cuyas hojas jamás vienen á menos,
Que en aquellas provincias llaman macos,
Fructíferos, umbrosos, muy amenos;
Los huesos de sus frutos no son flacos
Sustentos, sino recios, sanos, buenos,
Entre estos macos uno fué notable,
Grandísimo, hermoso y admirable.

Debajo cuyos ramos estendidos
En tiempo de calor acontecia
Estar trescientos hombres recogidos
Con caballos y gente que servía,
Todos cómodamente divididos
En el compás que cada cual quería,
Las hojas tan compuestas y tan densas
Que del ardiente sol eran defensas.

Estando pues febea luz absente,
Y casi demediando la carrera,
A los despiertos ojos de la gente
Que huellan otra parte del esfera,
Revolviendo las riendas al oriente
Para tornar á ver nuestra ribera,
Jerónimo de Ortal y sus cristianos
Alistaron las armas y las manos.

Teniendo relación por sus espías
Del maco donde estaban alojados,
Llevando por delante buenas guías
Dieron en los que estaban sosegados;
Pero de las contrarias compañías
Hallaron solamente los llagados;
Porque los sanos, sueltos y valientes
Andaban descubriendo nuevas gentes.

El saco y el rancheo fué tan bueno
Que se les descubrió lo mas recluso,
Lo suyo recogieron, y lo ajeno
Aplicaron también para su uso:
El que vino vacio volvió lleno,
Alzando cada cual lo que no puso,
Y con ver mejorados los despojos
Ortal no mitigaba sus enojos.

Pues con presteza tal cual conocia
A su seguridad ser importante
Arrebató la gente que tenia,
Y con ella pasó mas adelante,
En busca de la otra compañía
De semejantes vueltas ignorante,
Porque fuese mas presta su llegada
Que un negro que huý del arma dada.

Hasta ver al contrario la presencia
Gaminaron á pasos estendidos,
Fué de poco momento la pendencia
Por estar los contrarios divididos;
Mas el Bautista hizo resistencia,
Y él y otro quedaron mal heridos,
Y si la gente junta se hallara
La victoria no sé por quién quedara.

Por ser la que faltaba tan lozana
Y su vigor y fuerza tan notoria,
Que murieran allí de mejor gana
Que conceder á nadie la victoria;
Pues con indios y gente castellana
Hicieron hechos dignos de memoria,
Mas nunca les pasó por pensamiento
Que Ortal tuviera tal atrevimiento.

Y así por ser á todos importante
El Delgado dió orden que supiesen
No cumplilles pasar mas adelante,
Sino que de la tierra se saliesen;
Porque el Ortal estaba muy pujante
Y no les convenia que se viesen,
Que tomasen aqueste su consejo
Dado por servidor y amigo viejo.

Ojdas las razones y embajada
Y de los descompuestos otras quejas,
Muchas personas desta camarada
Estuvieron confusas y perplejas;
Mas el Reihoso y Diego de Losada,
Anton Garcia y Alvaro de Sejas,
Un Medina y un Garcia de Montalvo
Procuraron de se poner en salvo.

Mas gente dejó ir Ortal apostá
Que con los que ya dije se congrega,
De pretrechos beligeros angosta
Y eminente peligro donde llega:
Finalmente, salieron á la costa
Adonde se juntaron con el Vega,
Que estaba con su gente destruida
En grandísimo riesgo de la vida.

Por San Miguel de Néveri pasaron
Al tiempo que venían de camino,
Adonde saquearon y robaron
Los bienes del Ortal y del vecino,
Por no poder los pocos que quedaron
Resistir el furor luciferino,
Y dalles el desorden y codicia
A los que mas podían la justicia.

Visto que ya no hay quien lo resista,
Jerónimo de Ortal les dió licencia
A los que se quedaron con Bautista
Presos con él en esta competencia,
Para que se volbiesen á su lista
Si no quisiesen ir en su obediencia;
Por ellos aceptada fué de gana,
Y así volvieron á Maracapaná.

Allí se vieron todos descontentos
Por no tener defensa conveniente,
Esperando por horas y momentos
Al Sedeño y al resto de la gente:
Luego vieron inflada de los vientos
Vela acia la parte del poniente,
Cuya vista les dió gran alegría
Pensando ser Sedeño que venia.

Pero llegada mas á la ribera
La sospecha ya dicha salió varia,
Porque luego supieron cómo era
Un canónigo, Gasco, de Canaria:
A Santa Marta guía su carrera,
Mas furia de la mar le fué contraria,
Y por huir notable desconcierto
Allí determinó de tomar puerto.

Un don Pedro de Lugo los envia
Para hacer una jornada larga:
Son hombres de valor que en Berbería
Supieron bien jugar lanza y adarga,
Y demás desta gente que venia
De caballos y armas buena carga,
Y allí Gasco traía linda amiga,
Que vive hoy, y el nombre no se diga.

Puestos en tierra los recién venidos,
Fueron de capitanes y soldados
Con un aplauso grande recibidos
Y según su poder acariciados,
Y á una devoción tan convertidos
Que fueron de la otra trastrocados,
Por loalles aquellos baquianos
La tierra que tenían entre manos.

Como con estos pues se concluyese
Que siguiesen las partes de su bando,
Porque de mejor gana lo hiciese
Al Gasco se le dió supremo mando,
En tanto que Sedeño les viniese
Con la gente que estaban esperando;
Pero después se vió tan amargo
Que les dejó la moza con el cargo.

Que por aquellos campos y florestas
A vueltas de trabajos y desmanes
No faltaban requiebros y recuestas,
Paseos y mensajes de galanes;
A los cuales volvían las respuestas
Con gustosos y dulces ademanes:
Padeçia fatiga nuestro Gasco
Por ver su bella dama tan sin asco.

Hollaba la señora tan liviano
Que no pudo sufrir lugar recluso,
Y así con Arce, mozo cortésano,
El Gasco con furor se descompuso;
Muchos con ellos dos echaron mano,
Y el alboroto fué harto confuso,
Pues con ser de los suyos socorrido,
El canónigo Gasco fué herido.

Desque se vió con diligente cura
Asegurado bien de la herida,
Pareçiale ser mayor cordura
Dejar la moza que perder la vida:
Partióse por buscar otra ventura
Juzgando por ganancia la perdida;
Y aunque salió de todo descompuesto
Fué de mayor valor el presupuesto.

Partido desta costa y de su sueño
El Gasco para donde le convino,
Llegó con dos navios el Sedeño
Con mucha gente para su camino;
El pesar que sintió no fué pequeño
Informado de tanto desatino,
Pero disimuló con esperanza
De ver muy á su gusto la venganza.

A lo que se perdió con los asaltos
Un «ya podría ser» dió por escudo,
Rehizo de caballos á los faltos,
De suficientes ropas al desnudo;
Consolaba los bajos y los altos,
Y reformólos lo mejor que pudo;
Pero dejémoslos adonde estamos,
Volvamos al Ortal do lo dejamos.

El cual desque se vió con sosiego
Y con tan principal aviamiento,
Con todos sus soldados partió luego
Continuando su descubrimiento:
Hallaron un cacique, dicho Diego,
Sin que supiesen deste nombramiento
La causa ni razon, ni quién le puso
Este nombre tan fuera de su uso.

Pues pensaba cualquiera baquiano
Que de cuantos nacieron de mujeres
Nunca jamás allí llegó cristiano,
Memoria ni mención de sus poderes;
Y así tomaban todos larga mano
En decir diferentes pareceres,
Y en uno solo yo me determino
Que no parece fuera de camino.

Entre conquistadores codiciosos
Había desta tierra grandes cuentos,
A fama de la cual dos religiosos,
Debajo de santísimos intentos,
Entraron por los pueblos poderosos,
Año de diez y seis y tres quinientos,
La fe de Jesucristo predicando
Y algunos convertidos bautizando.

Pontánselos nombres de cristianos
Segun santa y católica costumbre,
Con la prohibición de ritos vanos
Por traellos á nuestra certidumbre;
Mas por los sacerdotes inhumanos
Que de vellos tomaban pesadumbre,
Estos frailes que dominicos fueron
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razon por que este hombre
Se llamaba segun habeis oido,
Y la misma no pide que se asombre
Quien está destas cosas advertido:
Por hallar entre indios este nombre
Que traemos acá por apellido,
Quedándose con aquel nombre mismo
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos
Con tanta poblacion, tanta ribera,
A Meta dirigian sus intentos
Y á la casa del Sol, que entonees era
El blanco de los mas descubrimientos
Que pregonaban en aquella era:
Salió pues el Ortal con sus cristianos
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubriánselos reinos estendidos
Y en ellos poblaciones generosas,
Do tuvieron recuentos muy reñidos
Por ser aquellas gentes helicosas:
Hubo victoriosos y vencidos,
Hicieron hazañas grandiosas,
Entre los cuales bandos y cuadrillas
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asperezas inmensas tornó llanas
Con mano que no supo ser vencida,
Pero las tres lanificas hermanas,
Cuya condicion es endurecida,
Parece ser que ya tenían ganas
De cortar los estambres de su vida,
Derribando valor del gran Aquiles
No manos de Paris, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados
A Guamba, poblacion engrandecida,
Pasaban por asientos despoblados
Sin poder hallar ánima nacida,
Por ser de sus vecinos avisados
Dejar atrás la tierra destruida;
Demás desto mujeres y varones
Eran de helicosas condiciones.

No vuelve las espaldas uno solo
A muchos, y en el tiro de saeta
Nada superior el gran Apolo,
Y muy inferior el diestro geta:
Es cifra lo mejor del pueblo etolo
Y sueño los eóos y el de Creta,
No tuvo Panopes certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,
Porque la desnudez es su decencia,
Arco y aljaba solamente lleva,
Y estas son sus astucias y su ciencia;
Pero huían de la gente nueva
Por no tener con ellos competencia:
Los nuestros asentaron allí ranchos
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia
Floridos prados, apacibles cerros,
Y de venados daban abundancia
Blandientes astas con agudos hierros:
También fué de grandísima sustancia
La caza que hacían con los perros,
Y hasta ver los indios y buscillos
Rehacían personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,
Por haber de comida muchedumbre,
Y el ir á buscar caza cada día
Tenían casi todos de costumbre:
Deseando también alguna guía
Que desta gente diese certidumbre,
Entre los cuales Agustín Delgado
Salió movido de siniestro hado.

Acompañábanlo tan solamente
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:
Adarga del arzon lleva pendiente
Por no salir á caza descuidado;
Pero la caza fué tan diferente,
Que pensando cazar quedó cazado:
No sé cómo poner en escritura
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,
Y con deseo grande de tomallo
Hizo luego desvío del hermano
Dando de las espuelas al caballo:
El indio con las flechas en la mano
Nunca mostró temer en aguardallo,
Y pudiérale dar golpe nocivo,
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,
Ansimismo la lanza con aviso,
Y al indio que la flecha tiene puesta
Le dice que se dé, mas nunca quiso:
Antes de tal pelea como esta
No se le conoció ser arrepiso,
Pues siempre le hacia tal amago,
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga
El tiro por los pechos al caballo:
Delgado reguardólo con la adarga,
Y fuérale mejor aventurarlo;
Pues el diestro gandul con flecha larga
Por do se descubrió pudo clavallo,
Gozando de tal suerte del despojo
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte
Y en el hermano tan cruel herida,
Del caballo bajó por dar la muerte
Al matador de tan ilustre vida;
Pero rogó por él el varon fuerte,
Y estorbó la venganza merecida,
Teniendo ya sentidos ocupados
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,
Llevaron á los ranchos y cabañas
Al indio vivo y al cristiano muerto
Dechado de virtudes y hazañas;
Y el caso miserable descubrió
Llorando se rompian las entrañas,
Por ser de todas gentes bien querido,
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposicion muy bien podia
Competir con cualquiera gentileza,
Tanto que su presencia prometia
Faltar en él resabio de vileza:
Señalóse también en Berberia,
Donde dió muestras de su fortaleza:
Fué hombre natural de gran Canaria
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del maco mas umbrroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que decían sus renglones
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida
En Guamba, segun tengo descubierto,
Jerónimo de Ortal aunque con vida,
Por muerte del Delgado quedó muerto:
Viendo para su mal y su caída
Mostrarsele camino mas abierto,
Mas procuró por modo conveniente
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado
De sus soldados número de gente,
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado
Por general y por lugarteniente:
Quedóse Martín Nieto resabiado,
Aunque mostró tomallo blandamente,
Y para la venganza con efecto
Trató ciertos motines en secreto.

Fué su negociacion tan acordada
Y tan persuasivas las razones,
Que la maxima parte de la armada
Correspondió con estas intenciones;
Y al punto y á la hora concertada
A los pocos pusieron en prisiones;
Fué fácil de hacer esto que digo
Por ser familiar el enemigo.

Demás del aleveso desatino
Que se perfeccionó con gran cautela,
No les dejaron arma ni rocino,
Espada de provecho, ni rodela:
Con intenciones de hacer camino
A la gobernacion de Venezuela,
Para juntarse con los capitanes
De Berzarez y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas
Este feo motin y detestable,
Y tomados caballos y preseas
Con servicio de indios razonable,
Dijeron al Ortal palabras feas
Llamándole de vil y miserable,
Indigno de tener segun él era
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruina
Por el rey fidelísimos vasallos,
Y destos un Torrellas determina
Por avisados medios ablandallos:
Al fin para volver á la marina
Les hizo que les diesen seis caballos,
Con ellos y otros diez de gente suelta
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tomo,
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,
Ordás, Pero Martín, Chaves, Perdomo,
Quirós, Torrellas, noble caballero;
Joan de Agueda y otros, no sé cómo
Pueda decir sus nombres por entero,
Pues es esta distancia tan notoria,
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto
Por no hallar la gente ya tan blanda,
Y los rebeldes Alderete y Nieto
Y el Villagrán y el resto de su banda:
Con amistad de todos y respeto
Llevaron adelante su demanda,
Y dieron por la tierra discurriendo
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en esta era
A su mandar tenía gente harta,
Reteniendo debajo su bandera,
Y sin le consentir que dél se parta,
Al valiente varon Joan de Ribera,
Insigne capitán de Santa Marta,
El cual venia con poder bastante
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza
A tratar este reino y sus lugares,
No se halla valor que no se venza
De los suyos, que son mas singulares;
Porque cierto podia sin vergüenza
Competir con los fuertes doce pares,
Y si mis dias no fueren estrechos
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela
Descubriendo la tierra circunstante,
El Fedrimán llegó de Venezuela
Con gentes y pertrechos al instante:
Y hizo con astucias y cautela
Que juntos descubriesen adelante;
Ribera consintió con lo rogado,
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,
Sino por principal en este cuento,
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,
Que de valor tenía cumplimiento:
Al cual ya tiene la celeste curia
Y en este reino deja monumento,
Y á su doña Casilda, que en aviso
Y hermosa tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente
En Vélez, deste reino de Granada,
A quien ventura corta no consiente
Siquiera pasada limitada:
Siendo justificado pretendiente
De cualquiera merced muy señalada,
Pues sus servicios puestos en memoria
Habían menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas
Con todo buen recado y advertencia,
Las gentes del Ortal amotinadas
Al Fedrimán le dieron obediencia;
Y en dar el parabién de sus llegadas
No pudo ser mejor el apariencia,
Pero de los caudillos deste hecho
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores
Cesando de dañar quien hizo daño,
Los que son una vez engañadores
Mal pierden el favor de tal engaño;
Mas antes andan vivos los dolores,
Aunque se pase mes y pase año,
Que justa paga es del fementido
Cuando dice verdad no ser creído.

Por esto Fedrimán como discreto
Envió con recado conviniente
Al Alderete, Villagrán y Nieto,
A la mar so color de llamar gente;
Pero despachó cartas en secreto
Para que los destierren brevemente,
O no les consintiesen dar la vuelta
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,
Y aun creo los tuvieron en prisiones,
No para ser justicia vengadora
De sus delitos y rebeliones;
Pero volvamos al Ortal agora
Concluyendo sus peregrinaciones,
Haciendo canto nuevo y ultimado,
Por quedar sin aliento del pasado.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte.

El que gente de guerra regir suele
Para tener segura la matanza,
No cumple con que solo se recelle
Del contrario que tiene gran pujanza;
Pero también conviene que se vele
De los que están debajo de su lanza,
Pues armas del doméstico enemigo
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destos desvarios,
Si condensaren nube de sospecha,
Tener apercebidos los rocios
Antes que salgan llamas aprovecha;
Pero si los remedios son tardios,
La suerte del contrario queda hecha,
Y es menester, en caso semejante,
Por no quedar atrás, estar delante.